

## AYUDANTES, COMPAÑEROS, ADULTOS

Ayudantes de Cristo, Compañeros de Trabajo y Adultos en la Iglesia



<http://www.panyrosas.es/>

**José Reyes, 2004:**  
**Ayudantes de Cristo, Compañeros de Trabajo y Adultos en la Iglesia.**  
Revista Progressio. Publicación de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX).  
Suplemento 59, 2004: pp.41-45.

### **Ayudantes de Cristo, Compañeros de Trabajo y Adultos en la Iglesia<sup>1</sup>**

Somos laicos cristianos los que estamos en la Iglesia de Jesucristo tratando de compartir su misión. Somos laicos no sólo porque tenemos una relación con Jesucristo, sino porque tenemos una relación con la Iglesia, y porque la calidad de nuestra presencia en el mundo está marcada por esta doble relación.

#### **1. La relación con Jesucristo**

Los laicos somos antes que nada socios, amigos, ayudantes, compañeros de Jesús.

En palabras de San Pablo podríamos ponerlo así: "Ustedes deben considerarse simplemente como ayudantes de Cristo, encargados de enseñar los secretos del plan de Dios" (I Cor 4, 1).

- O en otra expresión paulina complementaria podríamos decir que "somos compañeros de trabajo al servicio de Dios" (1 Cor 3, 9).

Los laicos cristianos somos discípulos de Cristo, ávidos de estar con él, contemplarlo, escucharlo, comprender su mensaje, extenderlo por todas partes.

- Queremos ser sus ayudantes -ayudar a las ánimas diría San Ignacio- para que muchos, incluidos nosotros mismos, vayan conociendo y adentrándose en esos "secretos del plan de Dios".
- Así, nos animamos a enseñar a otros: a nuestros hijos, a nuestros amigos, colegas, correligionarios, socios, jefes, subordinados, pacientes, clientes, etc. Lo hacemos con gestos, con nuestro estilo de vida, con palabras discretas.

Con Jesús, vamos aprendiendo que los secretos de Dios no se enseñan en el vacío, sino a personas concretas en el marco de encuentros o ambientes significativos, a partir de la realidad dinámica y compleja.

<sup>1</sup> El texto original, que consta completo, lo hemos reorganizado en párrafos más cortos y puntos, para facilitar su trabajo en grupo. Equipo editor de este documento: Jesús Ángel Rodríguez Arroyo, María del Carmen Gómez del Moral, Gema Fraile y Fernando Vidal. Comunidad de Vida Cristiana CVX-Galilea (Madrid, España), [cvxgalilea@gmail.com](mailto:cvxgalilea@gmail.com)

Jesús sabe que con el tiempo se acumula una rica tradición que incluye los más puros secretos de Dios, pero sabe también que con el tiempo se acumula basura, adornos innecesarios, extensiones inútiles.

- Por eso su enseñanza y su estilo son muy sobrios, elementales, discretos, libres.
- Los laicos, si queremos ser sus ayudantes, hemos de practicar su estilo: no dar largas cátedras, acompañar a personas reales en sus contextos reales.

Hemos de contemplar a Jesús que no eludió ninguna realidad humana y participó libremente en fiestas, banquetes, caminatas, viajes, entierros, polémicas, ayunos, ceremonias y muchos otros escenarios, mezclándose con todo tipo de personas, incluso más allá de la lógica de la época, con preferencia por los' más necesitados.

Para quienes somos profesores, la palabra "ayudante" que usa San Pablo tiene un significado muy preciso: se trata de ilustrar y poner al alcance del que aprende la verdad compleja que enseña el maestro.

Para Ignacio de Loyola, "ayudar a las ánimas" era ayudar a las personas concretas en su camino hacia Dios.

- En fin, me agrada esta definición paulina, que yo aplico a los laicos, de ser "simplemente ayudantes de Cristo", sabiendo que él es el maestro, él es quien convierte los corazones, y no nosotros.

Tomando la otra frase de San Pablo citada al inicio, podemos decir que los laicos cristianos somos también apóstoles: caminamos con Jesucristo por modernas "sinagogas, villas y castillos" (EE 91), como "compañeros de trabajo al servicio de Dios".

- En lenguaje de hoy diríamos que caminamos con Jesús en medio de los "asuntos temporales" (LG 31) y en medio de la comunidad eclesial (LG 32).

En efecto, Jesús caminó por villas y castillos -hoy diríamos por ciudades, barrios y 'poblaciones, centros comerciales, ambientes laborales, cívicos, etc.- y no dejaba indiferente a quienes se encontraban con él.

- Y también entró en las sinagogas y en las estructuras religiosas de su época, se relacionó con las autoridades y las costumbres religiosas, y tampoco en esta esfera dejó él indiferente a nadie.

El gran aporte de Jesús es transformar a las personas, sanar sus heridas de todo tipo, cambiarles el foco de atención, ponerlas en movimiento, hacerlas crecer.

Nosotros, los laicos cristianos de hoy queremos ser sus compañeros en eso de sanar, dar sentido, escuchar al pobre, liberar de ataduras, provocar internamente a las personas, interpelar a las autoridades civiles y religiosas, etc.

Y, en particular cuando lo contemplamos en cruz, muriendo por darnos vida y llevando al extremo su misión de servir, con reverencia y humildad aceptamos que en esta identidad que él nos da hay algo de locura o tontería (I Cor 1, 18-21) que estamos llamados a compartir.

## **2. La relación con la Iglesia**

En este caminar nos hermanamos y nos hacemos Iglesia. De nuevo con San Pablo, podríamos decir que los laicos somos "los que en Cristo Jesús hemos sido consagrados a Dios y llamados a

formar parte de su Pueblo, junto con todos los que en todas partes invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor nuestro y de ellos" (1 Coro 1, 2).

Por el bautismo hemos sido incorporados al misterio de la vida de Jesucristo, que es pascual, y de su Iglesia, que también lo es. Por la confirmación hemos sido potenciados por el Espíritu para participar más plena y conscientemente en la comunión misionera, que es la Iglesia de Cristo, continuadora de su misión.

Por experiencia, sabemos que no siempre nos es fácil y gratificante estar en la Iglesia, amarla, respetarla y servirla.

- Incluso vemos que muchos tienden a repetir la frase que ha tentado a tantos cristianos modernos: "Cristo sí, Iglesia no".
- O a seguir la lógica del admirable autor italiano Ignacio Silone, que se definió como "un comunista senza partito, un cristiano senza chiesa".
- 

Los laicos católicos somos quienes tenemos conciencia, deseo y voluntad de pertenecer a la Iglesia, junto con la jerarquía, con los ministros ordenados, los religiosos y religiosas, junto con los que nos han precedido, con los santos y santas, incluyendo a muchos desconocidos que misteriosamente están con nosotros en la Iglesia y a otros que nos incomodan o escandalizan.

Esta conciencia, deseo y voluntad son fruto de la acción del Espíritu, que nos ha permitido ver y querer esa indisoluble unión que hay entre Cristo y su Iglesia.

Ampliamos así nuestra perspectiva, y junto con la imagen amplia e inclusiva del pueblo, que es la que más nos atrae, sabemos también que somos cuerpo, que somos estructura, que tenemos jerarquía, magisterio, diversidad de carismas y ministerios, etc.

- Sabemos que no tiene la misma autoridad una afirmación conciliar que una opinión espontánea vertida por alguno de nosotros.

Amamos al Papa, nos conmovemos en la liturgia y ante algunas devociones tradicionales.

- Siguiendo los consejos de Ignacio y aunque no vaya con nuestra sensibilidad cultural o con nuestras preferencias personales, "alabamos procesiones, reliquias, ceremonias, etc." (EE .EE. 354 y ss.).

Todo esto no niega que los laicos somos también quienes más "sufrimos" a la Iglesia. Nos rehusamos a quedarnos como niños que no crecen ante una madre que no envejece. Con una confianza básica que es la base de nuestra salud espiritual, nos relacionamos con la Santa Madre Iglesia como un niño que crece y llega a ser adulto, y sabemos que la madre necesita cada vez más de sus hijos para vivir y satisfacer sus necesidades.

- Al inicio, en nuestra niñez espiritual, escuchamos y creemos, acogemos y no dudamos.
- Pero a los laicos confirmados no nos basta - y hasta nos molesta - quedarnos escuchando el catecismo y las prédicas.
  - o Reclamamos el derecho a nuestra adolescencia, que se rebela y se desequilibra, que tiende a alejarse de las seguridades infantiles para salir a explorar con riesgo nuevos horizontes y posibilidades.
  - o Reclamamos el derecho adolescente de tener ante nuestra madre una inteligencia que se resiste, una afectividad que se desordena, una emotividad que se aburre, una sensibilidad que se espanta, una estética insatisfecha.
- Y nos llega así el momento y el derecho a la adultez, capaz de equilibrar las tensiones adolescentes porque se han vivido en plenitud y se han encontrado sus límites,

- capaz de amar a su madre aun habiendo tomado conciencia de ciertas contradicciones, exageraciones, autoritarismos, dogmatismos, etc.;
  - capaz de ser autónomo en las decisiones sobre la propia vida, sin separarse de lo fundamental y reconciliado profundamente con la historia y con el proceso vivido;
  - capaz, en definitiva, de proclamar con San Pablo que "para que seamos libres nos liberó Cristo" (Gal 5, 1)
- y la madre rejuvenecerá , se regocijará y hasta se maravillará al ver a sus hijos adultos que la quieren, la respetan, la cuidan, la sirven, le piden consejo, le preguntan por la historia y por los orígenes, la escuchan.
- Será feliz de ver los frutos increíbles y a veces inesperados o no convencionales de sus hijos, y de reconocer en ellos las mismas semillas, las mismas raíces, y sobre todo, el mismo alfarero y el mismo maestro y respecto del lado feo, del pecado de la madre y de los hijos, surgirá espontáneo e incesante el perdón recíproco, la acogida, el sano realismo matizado con algo de humor, la humildad y transparencia necesarias para ser creíbles ante nosotros mismos y ante el mundo.

José Reyes